



ARTE Y ARTISTAS

por FERNANDO GUTIERREZ

estar un poco entre la realidad y el sueño.

pinturas, se siente deslumbrado como si llegara a ellas desde la oscuridad.



Claret. — "Pintura"

JOAN CLARET, en Sala Gaspar

LA obra de Claret hay que considerarla y sentirla quizá como un poema épico a la composición y al ritmo. Ni una ni otro se limitan a ser meros fundamentos o elementos constitutivos de estos lienzos y acuarelas que expone hoy. Aquí la composición y el ritmo son de suya creación meditada, elaborada en sus mínimas partes hasta llegar al todo, que es la pintura acabada y completa. Así son, al cabo, estructuras organizadas, pero con tal minuciosidad y amor que casi da vértigo, como un alucinante mosaico en el espacio, donde las superficies se convierten en volúmenes, es decir, forman esa inverosímil atauja de tres dimensiones en la que los metales y esmaltes se transforman en escalas de color: blanco, negro y gris. Pero recogiendo todos los tonos de los tres colores, haciendo posible el manejo de todas las luces y todas las sombras posibles. Y sólo alguna vez, como elemento accesorio, la presencia mínima de un rojo o un azul.

El hecho de que la composición y el ritmo sean totales, implican, por condición y naturaleza, la consecuencia, como integración, de la luz y la atmósfera. En realidad éstas son asimismo composición y ritmo. Uno no está muy seguro de que aquellas hayan creado éstos, o éstos aquellas. Su interdependencia es también interacción. Digamos que no puede darse una sin la otra, so pena de la desnaturalización de esta pintura. Pero esta vez la atmósfera ha adquirido mayor profundidad. En la lógica que le quepa a esta expresión habría que decir: hondura en la profundidad, hasta el punto que algunas veces —como en la evocación de un espacio de ciencia ficción— parece alcanzar el infinito o se dispone a alcanzarlo.

Está, además, el movimiento. Todas esas formas geométricas cobran el movimiento de meandros de río o de corrientes de aire. Es un movimiento perceptible porque está luminosamente construido en un concepto mágico de la profundidad y de los espacios abiertos.

LUIS MARSANS, en Galería Trece

EN busca del personaje, podría titularse esta exposición de ochenta dibujos —estudios en negro y en color— para las ilustraciones de la obra de Proust «A la recherche du temps perdu». El tiempo perdido acompaña a esos personajes ya perdidos también (el mundo literario da muchas vueltas), por lo menos por hoy, pero que salen ahora a la luz por obra y arte de un dibujante extraordinario: Luis Marsans. Sin embargo, hay algo más que ver en estos estudios, algo que está en el ambiente que todos ellos crean en las cuatro esquinas del papel de cada dibujo: la atmósfera, el aire, el tiempo —llámesele como se quiera— y el espíritu de la novela genial. Y mirando estos dibujos uno piensa si el artista buscó y halló los personajes proustianos, o dibujó el aire, el mundo impalpable e invisible de cada uno, y, al dibujarlo, se le salió de las tintas el personaje que le correspondía, para adquirir presencia en un sutil escenario incorpóreo, y todo se convirtió en esencia —mancha y línea—, para ser lo que suele llamarse una verdad verdadera, una sorprendente y magnífica verdad.



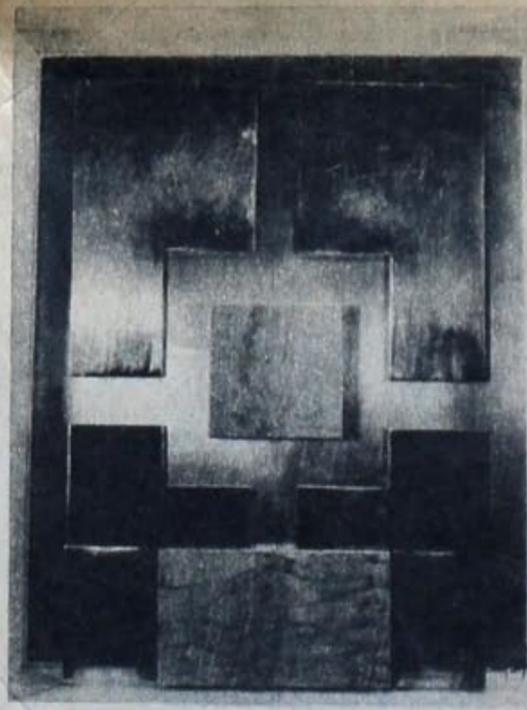
Marsans. — "Estudio para la obra de Proust"

GENOVART, en Grifé Escoda

VARIA, como todo conjunto que recoge unos cuantos años —algo más de seis— de primeras y últimas experiencias de un joven artista que expone por primera vez, la obra de Genovart nos demuestra, no obstante, cuán aleccionadores han sido los caminos de su formación hasta el encuentro, que hemos de considerar afortunado y feliz, de sí mismo. Ha habido rigor en esta formación porque el artista, desde el primer momento, ha querido centrar su vocación —una vocación volcada exuberante y, al mismo tiempo, ceñida a ese rigor precisamente— a una disciplina que implica un concepto estricto y profundo del color y del espacio —no del vacío— y desentrañar o entranar su misterio. Es la suya una obra —expone casi medio centenar de pinturas sobre papel, cartón o lienzo— con la preocupación casi metafísica de un contenido y de cierta mágica esencialidad. Es decir, se trata de una pintura grave, consciente de su propósito grave también, que se exprese con un lenguaje propio, haya símbolos o no los haya, pero con una bella carga de poesía y, a la vez y en ella, de pensamiento y humanidad austera y noble, honda y verdadera.



Genovart. — "Mujer"



Planell. — "Orilla izquierda"

PLANELL, en Ten

DE aquellos dibujos lunares que tuvimos ocasión de ver hace dos años, Planell ha pasado sensible y sensorialmente a este espacialismo actual. Lo que entonces eran collages, papeles geoméricamente recortados y pegados hasta componer en las características de una geometría plana, una obra determinada y significativa, hoy son sólidos pertenecientes a la geometría del espacio, cubos, prismas cuadráticos, secciones cilíndricas y planos de distintos materiales: metales plateados o cromados, mármoles de Carrara (blanco) de Bélgica (negro sin vetas ni manchas), y ese mármol travertino que a las calidades propias de su naturaleza une las de la madera, y algunas veces planos de metacrilato a modo de cristal.

Dos virtudes apartan a estas obras de lo que podría ser considerado arte funcionalista: su sensible y sensorialmente a este espacialismo actual. Son obras de una gran y delicada belleza, de ritmo sibilidad y su elegancia, casi su dignidad y señorío, austero y noble, refinado incluso. En un lugar del espacio —lugar que parece elegido—, sobre un fondo de color —azul o pardo— se sitúan armónicamente unos elementos cuyo orden y composición configuran un austero y riguroso equilibrio que más parece obedecer a una ley creada exclusivamente para ellos, que a cualquiera de las establecidas por la geometría del espacio. Parece como si el artista se hubiera propuesto como norma la nítida calidad de la belleza y la transparente armonía de la serenidad.